

# ARGOS PANOPTES: ENTRE LO HUMANO Y LO DIVINO<sup>1</sup>

ROSARIO GUARINO ORTEGA  
Universidad de Murcia

Convergen en el episodio protagonizado por Argos Panoptes una serie de elementos que en nuestra opinión conviene analizar con detenimiento por la riqueza simbólica que de ellos emana<sup>2</sup>. A esta cuestión nos aplicaremos en las líneas siguientes, en las que no vamos a realizar un estudio estrictamente filológico –que, por lo demás, otros han hecho ya con gran acierto–, pese a que, como es obvio, son los textos a los que el azar ha permitido llegar hasta nosotros la base epistemológica insustituible a la hora de realizar cualquier acercamiento a las mentalidades antiguas. Buceando en su significado profundo iremos en busca de claves que nos faciliten su comprensión y arrojen algo de luz sobre aquello que permanece oculto o bien ofrezcan nuevas posibilidades interpretativas de hechos ya analizados<sup>3</sup>. Aunque no en exclusiva –pues a nuestro parecer debe ser una labor interdisciplinar–, evidentemente también al filólogo, y no en pequeño grado, compete la difícil y apasionante tarea de investigar el pasado para tratar de recomponer las piezas del puzzle cultural que nos conforma como Hombres haciendo de nosotros quienes somos<sup>4</sup>.

---

<sup>1</sup> Este artículo se inserta en los proyectos FS00441/PI/04 y BFF 2001-0013 subvencionados por la Fundación Séneca de la CARM y la DGICYT respectivamente.

<sup>2</sup> Entre los muchos estudiosos que han reparado en este hecho citaré a Natale Conti, quien en el libro octavo de su *Mythologiae sive explicationum fabularum libri decem* (traducción de R. M<sup>a</sup> Iglesias Montiel y M<sup>a</sup> C. Álvarez Morán, Murcia, 1988), dedica a “Io o Isis” (*sic*) el capítulo 18. Sobre el interés que la Mitología Clásica despertó en la Edad Media y el Renacimiento, palpable en las abundantísimas exégesis realizadas de las obras clásicas, da buena muestra la monografía de H. D. Brumble, *Classical Myths and Legends in the Middle Ages and Renaissance: a dictionary of allegorical meanings*, London, 1998, así como la de J. Seznec, *La survivance des dieux antiques*, Paris, 1980 (trad. castellana de J. Aranzadi, Madrid, 1983).

<sup>3</sup> No pretendemos, claro está, descifrar ninguna clave secreta ni encontrar un significado oculto hasta ahora, sino más bien poner de relieve una vez más las múltiples posibilidades de lectura que el mito ofrece.

<sup>4</sup> Véase en este sentido el artículo de J.C. Bermejo “Mitología Clásica y Antropología”, *Habis* 29 (1998), 335-347, así como del mismo autor *El mito griego y sus interpretaciones*, Madrid, 1988, donde recoge una síntesis de las concepciones e interpretaciones modernas del mito griego. Aunque la bibliografía sobre la simbología del mito y su interpretación es abrumadora, es también digna de destacar la monografía de L. Cencillo *Los mitos. Sus mundos y su verdad*, Madrid, 1998, además de la

Con distintos nombres y apariencias aparece dentro del mito de forma recurrente la figura del centinela<sup>5</sup>. Destaca de entre ellos Argos Panoptes, el monstruo bajo cuya custodia coloca la celosa Hera a una de sus rivales, Ío, la princesa argiva dedicada a su sacerdocio, que será metamorfoseada bajo la apariencia de vaca, como es bien conocido a través de la amplia tradición mitográfica que nos ha transmitido este episodio<sup>6</sup>.

Su sobrenombre, respondiendo a la más genuina tradición griega de emplear nombres parlantes que remitan a características o cualidades distintivas de sus portadores, le hace el guardián por antonomasia. Efectivamente, Argos Panoptes, evidencia sin asomo de duda el papel que se le otorga dentro del mito<sup>7</sup>, pues es sin duda el ojo<sup>8</sup> el guardián por excelencia, ya que es el sentido de la vista el que preside tal función. En el mito es frecuente su transmutación, que siguiendo a Cirlot<sup>9</sup> puede ser de tres tipos:

- por desplazamiento (aquí situaríamos el ojo u ojos heterotópicos).
- por disminución (es el caso de los cíclopes).

---

clásica obra de G. S. Kirk *El mito, su significado y funciones en las distintas culturas*, Madrid, 1969, y en lo que se refiere específicamente a la mitología clásica, del mismo autor, *La naturaleza de los mitos griegos*, (trad. de Isabel Méndez Lloret), Barcelona, 2002.

<sup>5</sup> Es el caso del dragón que custodia al vellocino de oro en la Cólquide, el que hace lo propio con las manzanas de oro del jardín de las Hespérides, el can Cérbero, que se cuida de que se respete la frontera entre el mundo de los vivos y de los muertos, el gigante cretense Talos, o los monstruos femeninos Escila y Caribdis, entre otros muchos, que aunque comparten su función presentan características diferenciadoras en las que no nos detendremos en este lugar. Un rasgo común constituye el hecho de que terminan por ser burlados por el héroe, que al superar los peligros que encierran, o bien adquiere su acreditación como héroe, o bien la ratifica, pues es una constante el hecho de que todo héroe que se precie debe dar muestras continuas de su condición. Según la clasificación de Vladimir Propp en su *Morfología del cuento* (Leningrado, 1928<sup>1</sup>) responderían a la categoría de los oponentes al héroe. No son propiamente custodias, si bien vigilan que el héroe no consiga sus fines.

<sup>6</sup> Para lo relativo a fuentes y variantes, cf. el exhaustivo estudio de A. Ruiz de Elvira en *Mitología Clásica*, Madrid, 1975<sup>1</sup>, pp. 126-129, o bien su nota aclaratoria en su traducción de las *Metamorfosis* de Ovidio, Madrid, 1990, pp. 200-201, además de W. H. Roscher, *Ausführliches Lexikon der griechischen und römischen Mythologie*, Leipzig, 1884-1937, s.v., y el artículo de Th. Hadzisteliou, “Argos Panoptes. A note (Tav. LXXIII)”, *Archeologia Clasica*, Roma, 1971, 262-265, en el que la autora se centra en las representaciones iconográficas de Argos remitiendo a las fuentes literarias que las respaldan.

<sup>7</sup> No vamos a abordar las variantes en cuanto a genealogía, número de ojos, muerte o no de Argos, etc., para lo que remitimos a A. Ruiz de Elvira, *op. cit.*, p. 128, así como a W. H. Roscher, *op. cit.*, s. v.

<sup>8</sup> También los ojos acarrear con frecuencia la desgracia al inoportuno observador, que de manera fortuita y accidental contempla lo que no debe ser visto, como en el caso de Acteón, que recibe el castigo inmisericorde de Ártemis; en otras ocasiones la curiosidad conduce a transgredir la prohibición divina con consecuencias igualmente nefastas, como vemos en el caso de Pandora o las Cecrópides.

Cf. S. Thompson, *Motif-index of Folk-literature*, Bloomington & Indianapolis, 1955, y M. Leach, *Standard Dictionary of Folklore, Mythology and Legend*, New York 1949-1950.

<sup>9</sup> J.E. Cirlot, *El ojo en la mitología. Su simbolismo*, Madrid, 1998. Al mismo autor debemos el célebre *Diccionario de Símbolos*, publicado por primera vez en inglés en 1962 con el título de *A Dictionary of Symbols* prologado por Herbert Read.

- por aumentación (el ejemplo paradigmático es precisamente el de Argos Panoptes).

El caso de Argos responde simultáneamente al primer y tercer tipo (dependiendo de las fuentes), pues forzosamente la multiplicación del órgano obliga a un heterotopismo, que no es privativo de este personaje, como tampoco lo es, obviamente, de la mitología griega<sup>10</sup>.

Pero antes de centrarnos en el papel que el ojo juega en el mito de Argos, veamos brevemente cuál es su función en otras civilizaciones. Ya en la cultura neolítica tanto de Occidente como de las grandes civilizaciones del Indo, Nilo, Tigres y Eúfrates, hacia el siglo L a. C., se le tenía en gran consideración, y se le atribuía características mágicas, emanadas de su supuesto poder.

En la India, el ojo es objeto de culto tanto en el brahmanismo como en el hinduismo. Con él está identificado el sol<sup>11</sup>, que como queda explícito en los distintos himnos de glorificación, se considera el ojo del cielo y constituye el paradigma de la organización cósmica. Es el que ve, el que da calor, el que genera la vida y destruye las tinieblas. Por otra parte Indra<sup>12</sup>, el dios del firmamento, el rey de los dioses, en cuyas manos se halla el trueno y el relámpago, y por cuya voluntad las lluvias hacen fructificar la tierra<sup>13</sup>, es representado a menudo con ojos por todo su cuerpo, y evocado en ese caso como Sahasraksha, es decir, el de los mil ojos<sup>14</sup>.

En Mesopotamia, el toro sumerio cubierto de estrellas, como la diosa Nun, o el dios Bes tachonado de ojos como la hindú Indra. Mitra, dios solar de los persas, es representado en ocasiones con múltiples ojos. Vence al toro, símbolo del inconsciente y de la noche celeste.

También en Egipto, civilización precursora de las europeas, es protagonista este órgano. El ojo de Horus<sup>15</sup> es el ojo que todo lo ve. Esto nos lleva directamente a la

<sup>10</sup> Siguiendo a Cirlot (*op. cit.*, p. 36), en todas las mitologías tenemos ejemplos de efigies dotadas de múltiples y heterotópicos miembros, como es el caso de la diosa hindú Siva o de la célebre Diana de Éfeso. En lo referente a los ojos heterotópicos, en China, la diosa Kuan Yin tiene ojos en las palmas de la mano, lo que es muestra de su acción sabia y clarividente, mientras en la religión budista los bodhisattvas actúan como mediadores entre los mortales y el reino superior. En el budismo existe además la divinidad dual tibetana Tara. La Tara blanca aparece en ocasiones con siete ojos.

<sup>11</sup> El epíteto panoptes, por otra parte, también es propio de Helio, quien debido a su delación en el célebre adulterio de Afrodita y Ares, ya recogido por Homero en la *Odisea* en el famoso canto de Demódoco, atrajo la maldición de la vengativa diosa del amor sobre su descendencia femenina.

<sup>12</sup> Que como veremos más abajo, también ha sido identificado con nuestro Argos Panoptes.

<sup>13</sup> Son evidentes los paralelismos con la figura de Zeus, el soberano de los dioses en el panteón helénico, si bien Indra tiene además funciones guerreras que lo asemejan a Ares.

<sup>14</sup> Esto es, *Myriopes*, otro de los epítetos con los que aparece mencionado Argos en las fuentes.

<sup>15</sup> También llamado ojo *udjat* o *wedjat*, al que nada escapaba. Su uso continúa siendo habitual en nuestros días, si bien no siempre se tiene conciencia de su carácter de amuleto, que ha sido reemplazado por el de mero ornamento, como indica Desmond Morris en su interesante obra *Guardianes del cuerpo. Amuletos y objetos protectores*, (trad. de Fabián Chueca), Barcelona, 2001, en la que dedica un capítulo al protagonismo del ojo como objeto protector por excelencia.

consideración del astro sol. Para los antiguos egipcios el sol y la luna representaban respectivamente los ojos derecho e izquierdo del dios halcón<sup>16</sup>. Cuando los abría se hacía la luz, y todo quedaba sumido en tinieblas en el momento en que los cerraba. El ojo de Horus constituía uno de los más importantes amuletos sagrados de la civilización egipcia, como da cuenta el hecho de que solía amparar los cuerpos de los difuntos situado en ataúdes y sarcófagos.

Son muy numerosos los museos que en todo el mundo exhiben objetos con forma de ojo<sup>17</sup> procedentes de distintas civilizaciones, lo que además de testimoniar la existencia de ídolos del ojo prueba –tal como se han encargado de demostrar distintos estudiosos (fundamentalmente antropólogos y etnólogos)– que ya en la Prehistoria tuvieron gran fuerza las creencias en el mal de ojo, y el temor ancestral a sus nefastas consecuencias justificó la exhibición de este órgano con el fin de que actuara como neutralizador de aquél. Numerosos son los textos que nos ratifican tales creencias, entre los que ocupan un lugar destacado los procedentes de la Antigüedad griega y romana, que dejaron su huella en escritores posteriores<sup>18</sup>. No podemos dejar de citar, en su papel destructor, la mirada petrificadora de la Gorgona Medusa, que conserva incluso tras su muerte a manos de Perseo.

En los ojos de Argos confluyen además del hecho de su multiplicidad, y precisamente derivada de ésta, su carácter heterotópico. Tras la muerte de Argos, sus ojos quedan inmortalizados en la cola del pavo real –como homenaje de la diosa Hera a su fiel guardián que de este modo le liga para siempre al animal a ella consagrado– y es ahí donde adquieren una nueva función, la apotropaica<sup>19</sup>.

---

<sup>16</sup> En efecto, el estudio de su iconografía ha revelado que se trata de una representación estilizada del ojo de esta ave.

<sup>17</sup> Como hace notar Morris (*op. cit.*), aún hoy en día se pueden comprar souvenirs con forma de ojo en países de todo el mundo, desde Grecia o Portugal hasta Turquía o Bali. Concretamente en Turquía el nazur bonkuk –literalmente piedra del mal de ojo– u ojo azul, es el objeto protector por excelencia, bien en forma de ojo único bien formando parte de elaborados adornos en la que se multiplica su número al tiempo que adopta diversas formas que tratan de reforzar su función benefactora, como la de herradura o mano de Fátima.

<sup>18</sup> Así la escritora Hildegard von Bingen presenta en su *Scivias* una figura enteramente cubierta de ojos -*imago undique plena oculis*, como nos refiere Victoria Cirlot en su artículo “La facultad visionaria: la figura sembrada de ojos en el *Scivias* de Hildegard von Bingen”, *Axis Mundi* 5, 20-30, 1998, en el que la estudiosa relaciona la figura con un texto del Apocalipsis (4, 6-9) que habla de los cuatro Vivientes llenos de ojos.

<sup>19</sup> Según Morris, (*op. cit.*, p. 33) en la India es habitual que en los hogares se hallen abanicos realizados con plumas de pavo real que combinan la función práctica con la apotropaica, en la creencia de que los ojos vigilan permanentemente el hogar ahuyentando a los espíritus malignos. Esta costumbre remonta según este autor a tiempos pretéritos, en que en la antigua India las personas de estirpe real eran obsequiadas en las ocasiones solemnes con grandes parasoles de plumas de pavo real como protección contra todo tipo de mal. Añade que también en China y Japón el pavo real y sus plumas son objeto de veneración, no así en Occidente, donde se las tiene por objeto de mal agüero, interpretándose los ojos de las plumas como representaciones del propio mal de ojo.

Siguiendo un principio de analogía, ya en la mitología fenicia se relacionaba el intelecto con la luz, y por oposición la ignorancia equivalía a la oscuridad. Esta metáfora se ha mantenido hasta nuestros días a través de distintas civilizaciones. En la mitología griega Prometeo<sup>20</sup>, el filántropo por excelencia, el que dota a la Humanidad de la σοφία y la τέχνη, es también quien roba el fuego –esto es, el conocimiento– a los dioses para devolverlo a los hombres, que habían sido desposeídos de aquél por seguir sus consejos en lo referente a los sacrificios a la divinidad<sup>21</sup>.

Argos Panoptes presenta concomitancias con la divinidad hindú Indra, el dios preferido de los arios –dios del firmamento, y también de las batallas–, que, como ya hemos visto, preside la mitología védica<sup>22</sup>, el cual, tras seducir a la esposa del sabio Gautama, hubo de llevar sobre su cuerpo la impronta de mil figuras de yoni<sup>23</sup> (órgano sexual femenino) que después se transformaron en ojos<sup>24</sup>, como castigo en forma de estigma obtenido por Gautama de las potestades superiores.

Como bien señala Cirlot<sup>25</sup>, el heterotopismo incide en el carácter irracional. Los ojos en las manos, el tercer ojo frontal o multitud de ojos desparramados por el cuerpo son notas comunes de los mitos asiáticos. En Grecia se invierte el signo, y las anomalías gravan con peso de inferioridad a quienes las ostentan, en coherencia con el hecho de que las divinidades griegas son idealizaciones de las cualidades humanas y representan el fin de la época de monstruos que remiten a la génesis del mundo y los seres vivos. Los cíclopes, caracterizados por su antropofagia, son además una raza impía y salvaje desconocedora de la civilización e identificada con las fuerzas primigenias. En contraste señala así mismo este autor que sólo con la iconografía cristiana, volvemos a asistir a una resurrección de los ojos desplazados como factor positivo en la imagen sagrada, y así los encontramos, por ejemplo, en las alas de los querubines.

Como indicábamos al principio, el mito de Argos Panoptes encierra una riqueza simbólica en la que merece la pena detenerse, sin que naturalmente sea esto algo privativo de este episodio concreto, sino que viene a evidenciar una vez más que el mito actúa como símbolo del pensamiento. Se ha dicho que en los mitos griegos nos hallamos frente al pensamiento crítico precursor de la lógica (misterio del universo). En cualquier caso, son varios los elementos que contribuyen a la complejidad del episodio en el que la primera mortal amada por Zeus es metamorfoseada en vaca y, tras una serie

---

<sup>20</sup> También relacionado con Ío, que se encuentra con él en su vagar tras la liberación de Argos, a su paso por el Cáucaso, donde se halla encadenado y sometido a suplicio perpetuo. Precisamente un descendiente de la decimotercera generación de la argiva, Hércules, será quien ponga fin a su cautiverio.

<sup>21</sup> Se trata, claro está, del célebre desacato de Mecona.

<sup>22</sup> Cf. Cirlot, *op. cit.*, p. 30.

<sup>23</sup> Conexión simbólica que en opinión de Cirlot (*op. cit.*, p. 30) también aparece en el mito griego de Edipo, en el que el héroe se ciega como castración por haber cometido el delito de poseer a su madre Yocasta.

<sup>24</sup> Por otra parte, tanto el ojo como el sexo simboliza el origen del poder vital desde antiguo.

<sup>25</sup> *Op. cit.*, p. 38.

de avatares y la recuperación de su figura mortal, finalmente alcanza la apoteosis junto al fruto de su relación divina<sup>26</sup>.

El mito pinta a Argos dotado de fuerzas extraordinarias, vencedor de monstruos –entre ellos la temible Equidna– a la manera de Hércules, y, sobre todo, poseedor de múltiples ojos, razón por la cual Hera lo eligió para vigilar a Ío, metamorfoseada en vaca por Zeus<sup>27</sup> con el fin de hurtarla –sin éxito– a los celos de su esposa legítima. Pero Zeus, como es bien sabido, encarga a Hermes la liberación de la víctima, y bajo la apariencia de un pastor Hermes consigue adormecer al guardián con el auxilio de su música para posteriormente darle muerte.

Dadas las características de Argos no podía ser sino Hermes quien se le enfrentara. Una de las epiclesis más célebres del dios mensajero es precisamente la que se deriva de su actuación en este episodio: el argifonte<sup>28</sup>. Pero en el enfrentamiento no hay violencia. Hermes se sirve de la palabra y la música, dos esferas que domina a la perfección, y muestra su sutileza y astucia, que tan bien pone de manifiesto el *Himno homérico a Hermes*. El relato etiológico con el que, a instancias del propio Argos en Ov. *Met.* I 687 s., le transmite el origen del caramillo, sirve al poeta de Sulmona para evocar una tierna escena familiar, cual es la del padre relatando un cuento a su hijo a la hora de ir a dormir al tiempo que nos presenta a un Argos muy lejano del monstruo vencedor de monstruos.

Ante el intento de Argos de franquear el límite entre lo divino y lo humano y de impedir que se materialicen los designios de Zeus, Hermes se encarga de “recordarle” su condición mortal, mientras la diosa Hera no puede sino aportar un lenitivo al castigo que por su causa se le impone<sup>29</sup>. Hay un planteamiento vitalista. La divinidad trata de enmendar sus faltas y otorga graciosamente la inmortalidad, siquiera de forma simbólica, en justa compensación a injustos e inmerecidos tormentos. Es cierto que existe el sufrimiento, pero éste no se acepta sin más, sino que se le busca sentido.

La simbología de Argos se pone de manifiesto en distintos aspectos, entre los que destacan el carácter ctónico que algunas fuentes le otorgan<sup>30</sup> o el hecho de que pertenezca a la genealogía argiva, la primera de las stirpes humanas según la mitología griega, precisamente la misma a la que pertenece la propia Ío, el objeto de su vigilancia, quien

---

<sup>26</sup> Efectivamente, llegada a Egipto será venerada como Isis y su hijo Épafo identificado con Horus.

<sup>27</sup> En algunas versiones –tanto en el *Prometeo encadenado* como en *Las Suplicantes*, de Esquilo, por poner un ejemplo– es la propia Hera la artífice de la metamorfosis.

<sup>28</sup> Merece la pena destacar que Velázquez presenta en uno de sus lienzos dedicado a este episodio mítico una versión incruenta, en la que observamos a un gigantesco Argos adormecido mientras Hermes trata de escapar a hurtadillas para liberar a Ío, aún transformada en vaca, de su forzado cautiverio.

<sup>29</sup> También Ovidio nos relata en sus *Metamorfosis* (I 722ss.) cómo Hera coloca los ojos de Argos en la cola del pavo real, motivo que Rubens muestra en uno de sus lienzos, en el que aparece Juno recogiendo los ojos de Argos.

<sup>30</sup> Para las distintas versiones acerca de su genealogía, véase lo dicho en n. 6.

además de servir como sacerdotisa a la diosa Hera es también, como ya hemos dicho, la primera amada mortal de Zeus.

La estrecha relación entre lo divino (Zeus-Hermes) y lo humano (Io-Argos), que resulta impregnado de su sustancia, y transmutado por su acción, revelando cuán tenue es la frontera existente entre mortales e inmortales, y a un tiempo cuán grande es el poder de los dioses, es una constante. La petición de Argos a Hermes podría, a nuestro modo de ver, ser la metáfora del intento por parte del Hombre de aprehender lo divino, de llegar a descifrar el código secreto de la Vida y a poseer las claves de lo sobrenatural. Como en una especie de revelación divina, Hermes toca para Argos –en su condición de dios de la música–, y le relata un mito etiológico –como inventor del lenguaje–: cómo Pan inventa el caramillo, el instrumento del que se sirve para neutralizarlo. La palabra y la música se dan la mano en el *mythos*. Si Hermes es mensajero de los dioses, intermediario entre aquéllos y los hombres, se debe precisamente a esa facultad particular y privativa que posee el cilenio: es a él a quien corresponde descubrir los arcanos, instruir al Hombre. En realidad es una especie de Prometeo divino, y como tal acompaña a los mortales en su condición de Hermes *psicopompos* en su obligado tránsito al más allá, en el que adquieren definitivamente una dimensión trascendente al penetrar en el mundo de lo inmutable e infinito.

Hermes dulcifica la muerte de Argos al hacerla preceder del sopor. Con su *medicata virga*<sup>31</sup> toca los ojos del vigilante para asegurar con su refuerzo el efecto narcótico de la ejecución musical previa, y en cuanto a Ío, interviene indirectamente en su tránsito de lo animal a lo humano, y de ahí a lo divino permitiéndole romper una cadena que la une al mundo mortal, para que trascienda al inmortal<sup>32</sup>. Pero no sólo Ío alcanza la trascendencia divina. El conocimiento hace que el hombre adquiera una dimensión divina. Argos muere y al mismo tiempo se perpetúa en la cola del pavo real, conocedor de un misterio revelado por Hermes, quien probablemente le ofrece las claves precisas para liberarle de su ignorancia y posibilitarle la trascendencia, y así, transmutado para siempre en la “*cauda pavonis*”, pasa a embellecer al animal consagrado a la diosa Hera. No es gratuita la transformación de Argos, ni está exenta de simbolismo. Efectivamente, la mencionada *cauda pavonis* se encuentra estrechamente relacionada con la alquimia<sup>33</sup>, por cuanto con este nombre describían los escritores de textos alquímicos un color mezcla de rojo, azul y verde que era signo de que una sustancia se estaba

<sup>31</sup> Ov. *Met.* I 716.

<sup>32</sup> Como mencionábamos en relación con Argos, tampoco aquí faltan los obstáculos, como en el de todo iniciado. Igual que Hércules, o Psique, que del mismo modo consiguen finalmente su divinización, Ío está sometida a una serie de penalidades que tienen mucho de simbólico y de ritual, y que no es éste el momento de tratar en detalle, como tampoco la ya mencionada sincretización de Ío con Isis y la adopción del culto de la diosa egipcia en su papel maternal, el florecimiento de su culto en Roma y su asimilación por parte de los primeros cristianos con la Virgen María y el Niño.

<sup>33</sup> Con este nombre existe una publicación periódica sobre hermetismo y alquimia, fundada en 1982 por Stanton Linden, profesor en la Universidad de Washington, que aborda la influencia de estos en las artes, filosofía, religión, historia de la ciencia,...y que es editada semestralmente por la Universidad de Texas, en Austin.

transmutando en otra, de manera que, en definitiva, la cola del pavo real, y, de acuerdo con el relato mítico, los propios ojos de Argos, o bien el mismo Argos<sup>34</sup>, se convierten en símbolo de la metamorfosis por excelencia, y no de una metamorfosis cualquiera, sino de aquella que, como en la alquimia, busca de manera consciente la perfección y la inmarcesibilidad de lo eterno.

---

<sup>34</sup> Pues, como señala Ruíz de Elvira (*op. cit.*, p. 129), algunas versiones literarias –Mosco II 59, schol. Aristoph. *Av.* 102. Nonn. XII 70 y Myth. Vat. II 5- nos presentan la metamorfosis del propio Argos en pavo real.